



HAL
open science

Desencuentro; Del entendimiento de la diversidad humana y sus derivas

Nadja Monnet

► **To cite this version:**

Nadja Monnet. Desencuentro; Del entendimiento de la diversidad humana y sus derivas. Viajar, sentir y pensar, Editorial UOC, pp.49-53, 2014, 978-84-9029-770-4. hal-01609706

HAL Id: hal-01609706

<https://hal.science/hal-01609706>

Submitted on 29 Jul 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Desencuentro

Del entendimiento de la diversidad humana y sus derivas

Nadja Monnet

Dpt. Antropologia Social i Cultural
Universitat Autònoma de Barcelona

Si bien el desencuentro es un encuentro fallido, primero hay que entrar en contacto para que surjan las contradicciones y discrepancias. Sin duda alguna, uno de los mayores desencuentros de la humanidad tuvo lugar a finales del siglo XV, principios del siglo XVI cuando el mundo occidental descubrió a las Américas. En ambos lados la realidad con la cual se toparon no respondía a sus respectivas expectativas, tal y como lo relata de manera espléndida Jean-Marie Gustave Le Clézio en *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido*. Dos cosmovisiones se descubrieron y se interpretaron en función de los patrones a su alcance. Es bien conocido que los primeros comerciantes que llegaron a las Américas buscaban una ruta alternativa para llegar más rápidamente a la India. Fue la primera discrepancia que conllevó a tildar los habitantes de las nuevas tierras descubiertas de “indios”. Sabemos también las atrocidades y el genocidio que conllevaron este desencuentro. Por un lado los conquistadores se preguntaron si los seres de estas tierras eran humanos, o sea si tenían alma y si se los podían considerar como personas, mientras que del otro lado, los autóctonos vieron en los recién llegados señales divinas y mensajeros del otro mundo. Hubo masacres por ambas partes pero las fuerzas eran desiguales y los recién llegados no tardaron a imponer sus maneras de ver el mundo sin conseguir ahogar del todo las demás cosmovisiones.

Es en este contexto que surgen lo que Philippe Descola llamó las semillas antropológicas en *Diversité des natures, diversité des cultures*. Con la época de los grandes viajes de exploración, es decir durante la primera expansión colonial del siglo XVI se constató la amplitud del mundo y la existencia de gente que actuaba, sentía, pensaba de manera distinta. Surgieron entonces las preguntas de por qué eran distintos y qué tenían de diferente. Grandes pensadores como Montaigne, Pascal, Montesquieu, Diderot, Rousseau desde la tradición francesa pero también Bartolomé de Las Casas para citar el más conocido del lado hispanófono, se interesaron por estas cuestiones desde una perspectiva más filosófica que científica. No buscaban respuestas de manera sistemática llevando a cabo encuestas para saber cómo vivían estas personas. Reflexionaban en base a la información que ahora llamaríamos de segunda mano (relatos de exploradores, documentos de misionarios, encuestas administrativas, etc.), es decir en base a documentación que generaba la conquista de las Américas y demás partes del mundo. Maurice Godelier en su libro *Aux fondements des sociétés humaines* escribe que la etnología hasta mediados del siglo XIX no fue nada más que una suma de relatos y de descripciones producidos por militares, funcionarios, misioneros, comerciantes y exploradores de todo tipo que acompañaron desde el siglo XVI la expansión colonial y comercial de algunos países europeos, por lo tanto antes incluso de que la gran industria del siglo XIX asegurara a estos países la dominación sobre el resto del mundo y los enfrentaran en una competición a menudo sangrienta. Todos estos relatos sirvieron de una manera u otra y de manera más o menos directa a la instauración de esta dominación y la mayoría de ellos, implícitamente o explícitamente admitía que el Occidente era a la vez la medida y el espejo de los entonces llamados “progresos” de la humanidad.

La eficacia con la cual Europa colonizó buena parte del mundo viene de esta curiosidad por los demás, por entender las diferencias, por sistematizarlas en clasificaciones, según la tesis de Tzvetan Todorov en su *Nosotros y los otros; reflexiones sobre la diversidad humana*. Al contrario de otras civilizaciones, los

Europeos entremezclaron la voluntad de someter y la voluntad de conocer, una reforzando la otra. La antropología constituye así paulatinamente su campo a partir de su propia práctica. Poco a poco se fue delimitando un campo de estudios, poblado de todas las sociedades no occidentales que Occidente descubría en su expansión mundial. Desde este punto de vista, la antropología es ciertamente la hija del colonialismo. Sin embargo es simplista decir que los estudios antropológicos sirvieron para dominar a los pueblos y que los antropólogos y las antropólogas trabajaron al servicio de la dominación colonial. Siempre hubo voces discordantes con el pensamiento dominante que permitieron elaborar caminos alternativos e incitar a la reflexión.

Otro desencuentro importante para buena parte de la humanidad se inició cuando este afán de conocer a los demás condujo a utilizar el concepto de raza para entender la diversidad humana. En la segunda mitad del siglo XIX, el concepto de raza captó la imaginación de la comunidad científica, de Comte a Renan, de Spencer a Darwin. La hipótesis de trabajo era que, con la raza, los científicos habían descubierto una base sólida para la clasificación humana. Sin embargo, las variaciones en las clasificaciones raciales pusieron en evidencia lo arbitrario de sus fundamentos ya que a menudo eran la obra de autores que disponían de las mismas observaciones. Por ejemplo, la clasificación de Geoffroy de Saint Hilaire de 1860 contaba 12 razas, la de T. Huxley (1870) 14, la de F. Muller y E. Hackel (1879) 36. Estas variaciones testiguan la arbitrariedad presente en estas elucubraciones ya que son obras de gente contemporáneas que disponía de las mismas observaciones. Dimensiones del cráneo, características de los huesos, color de piel, forma y textura del pelo, grupos sanguíneos, especificidades cromosómicas, etcétera, sirvieron cada en su momento junto a otros rasgos, como medida clasificatoria a los que postulaban *a priori* la existencia de razas en el seno de la humanidad.

Estos intentos de clasificaciones raciales empezaron en el transcurso del siglo XIX a multiplicar las divisiones de la especie humana y llegó un momento que a la pregunta ¿cuántas razas hay? se podía contestar con tantas como uno quisiera en función de los elementos escogidos para establecer las tipologías. El concepto de raza quedó entonces desacreditado no sólo porque no podía explicar la diversidad humana no física, sino porque tampoco servía para clasificar y explicar la diversidad biológica humana. Los fenotipos y genotipos humanos se distribuyen según una pauta más compleja y variable que vuelve obsoleta las tipologías raciales establecidas. Hay tantas diferencias y son tan variables que no es posible identificar un único grupo racial específico con un único tipo biológico determinado.

No obstante, estas clasificaciones marcaron las diferencias al extremo. Crearon estereotipos y prejuicios que perduran hasta hoy día matizándose y remodelándose en función de los acontecimientos del momento como bien nos lo explica la película *Paris Couleur* de Pascal Blanchard. Poco a poco se asociaron a las categorías clasificatorias esencias fantasmagóricas invisibles, tales como “la pureza de sangre”, “el alma de la raza”, “la constitución mental”, “las aptitudes civilizatorias”, o aún “las cualidades del carácter”. Y aunque se puso de relieve que eran tipologías arbitrarias que justificaron la imposición por la fuerza de un grupo sobre los demás y que encontraron una prolongación abominable en doctrinas que hicieron posible el genocidio judío durante la segunda guerra mundial y la exterminación de medio millón de gitanos (a pesar de su filiación aria), su sombra sigue rodeando y marcando nuestros imaginarios colectivos.

Desde los años 20 del siglo pasado, la antropología que pasó a denominarse “social o/y cultural” para desmarcarse de la antropología física vinculada a la idea de razas humanas lucha en contra de esta manera de dividir la humanidad. A partir de los años

Versión enviada para publicación

Santiago Tejedor Calvo y José Manuel Pérez Tornero (ed.). *Viajar, sentir y pensar*. Barcelona: Editorial UOC, 2014, pp. 49-53. ISBN: 978-84-9029-770-4; Dépôt légal: B.247-2014.

1950, la genética de las poblaciones y la teoría sintética de la evolución demostraron que el problema de las razas humanas no sólo es un objeto de investigación equivocado sino que es un objeto inexistente. Después de la segunda Guerra Mundial, se realizaron varias reuniones científicas convocadas por el UNESCO para luchar contra el racismo y en Atenas, en 1981, se volvió a declarar que los descubrimientos antropológicos más recientes confirman la unidad de la especie humana. Sean cuales sean las diversidades comprobadas, la biología no permite establecer de ninguna manera una jerarquía entre individuos y poblaciones y ningún grupo humano posee un patrimonio genético estable.

Sin embargo parece ser que recurrir a clasificaciones raciales no está a punto de desaparecer. Se sigue, en ciertos ámbitos (el contexto de la medicina entre otros y concretamente en el marco de la reproducción asistida) utilizando tipología raciales, es decir considerar a las poblaciones humanas como constituidas por porcentaje distintos según criterios de tipos raciales arbitrariamente definidos (como por ejemplo los “tipos mediterráneos” o “nórdicos”), a pesar de que la genética haya demostrado la ausencia de fundamentos científicos de esta concepción. La conjunción del contexto político de post-guerra y de la revolución teórica en biología no logró desterrar la noción de raza ni el interés por la diversidad de la especie humana. La gente en la calle sigue extrañándose de que las razas (que los genéticos dicen que no existen) sean tan fácilmente “reconocibles”. La raza sigue siendo una categoría de nuestras clasificaciones populares y nuevas concepciones raciales y racistas siguen elaborándose, conservando la distribución de la humanidad en categorías raciales, acordando la superioridad a menudo a los “Blancos”, de vez en cuando a los “Negros” y otras veces a los “Amarillos”, según desde donde se habla. Incluso se vuelve realidades para ciertos ciudadanos que se ven afectados por su supuesta descendencia de (o mejor dicho por su adscripción a) una cierta “raza”.

El racismo científico del siglo XIX es un caso de mala ciencia y no de pseudo ciencia escribió Josep Ramón Llobera. Los antropólogos físicos siguieron los estándares científicos de su tiempo y la mayoría no eran conscientemente racistas, aunque se pueden observar prejuicios de este tipo en sus descripciones de las distintas razas. En relación a este período, Georges Stocking, un historiador de la disciplina antropológica, ha insistido en la necesidad de fijar la atención en las cuestiones científicas tal como las veían los científicos e intentar evitar correlaciones fáciles con el racismo, el nacionalismo y el imperialismo.

Nuestra cosmología ha vuelto posible la ciencia antropológica pero hay que entender que no es en sí misma el producto de una actividad científica. Es una visión del mundo que nació en un momento dado y que permitió a las ciencias desarrollarse. Esta cosmología existe pero no es universal. Podemos perfectamente imaginar otras maneras de vivir y de ver el mundo con la ayuda de las ciencias.

Uno de los méritos de la antropología es permitirnos escapar a la idea que el presente es eterno. La antropología nos permite relativizar las cosas y ver que el mundo no es otra cosa que un teatro en el cual estamos actuando en función de unas pautas que hemos incorporado al contacto de ideas comunes. La antropología nos enseña que existen otras maneras de pensar el mundo y otras maneras de imaginar un futuro para este mundo.

¿Seremos capaces en el siglo XXI superar estos desencuentros y promover otro tipo de relaciones en base a un verdadero diálogo atento a la diversidad?